

Libros para saltar el muro

La mente puede ser muy mala compañera para un preso. Cabe en ella el mundo entero, y dar alas a los pensamientos más negativos acarrea un segundo encierro, aún más severo. Llenar el día de actividades permite sobrellevar un poco mejor la condena. Además de participar en los talleres ocupacionales más variopintos, muchos reclusos descubren en prisión el poder de la lectura. Los libros les ayudan a evadirse de la realidad cotidiana, les incitan a la reflexión y les abren puertas a otros mundos más allá de las alambradas.

Texto: Belén Ginart

Fotos: Carmen Secanella

Un helicóptero rotura el cielo del Centro Penitenciario A Lama (Pontevedra). El ruido de las hélices ahoga las explicaciones de Esperanza, la educadora, en torno al relato sobre la bondad que ha abierto la sesión de hoy del taller de animación a la lectura. Pese a la insistencia del aparato, no hay razón para la alarma: no va a repetirse aquí una escena de fuga como la vivida en 2009 en la cárcel de Brujas, que se saldó con la evasión de tres presos peligrosos. No eran los primeros en lograrlo por la misma vía. Esperanza informa a la treintena de asistentes al taller que el helicóptero participa en la extinción de un incendio cercano. Nadie parece extrañarse: el fin de semana anterior a este lunes estival se han declarado 170 fuegos en toda Galicia. Es probable que más de un interno de A Lama sueñe con escapar. Los pupilos de Esperanza han optado por un medio para conseguirlo que no tiene nada de punible ni delictivo: la literatura. “Las experiencias de otros autores te hacen saltar el muro”, resume Javier, 31 años, dos en prisión y cuatro más pendientes, en una síntesis perfecta del espíritu con que muchos reclusos se aferran a los libros.

Manuales de autoayuda, para intentar encajar la situación lo mejor posible y procurar extraer de ella alguna enseñanza positiva. Poesía, para plagiar sin rubor algunos versos, que se harán pasar como propios, en las cartas dirigidas a la persona amada. Textos jurídicos, para hacerse una idea de las penas asociadas al delito cometido, o para tratar de buscar algún resquicio que aligere la condena. Y mucha ciencia ficción, aventuras, de Vázquez Figueroa a Stephen King, de Pérez Reverte a Stieg Larsson, historias que permitan llevar bien lejos la imaginación y abandonar mentalmente el reducido universo de celda, patio, taller, comedor, donde transcurren los días. En la cárcel, las preferencias literarias adquieren una lógica propia. Pero

lo que es innegable es que en ellas también se lee, y se lee bastante. No todos lo hacen, ni siquiera son mayoría. Pero para muchos internos, la literatura tiene ese valor impagable que ya le asociara el escritor británico Oliver Goldsmith: “Los libros son compañeros dulces para el que sufre, y si no pueden llevarnos a gozar de la vida, al menos nos enseñan a soportarla”.

De A Lama a Alhaurín de la Torre (Málaga), de la Modelo barcelonesa a la abulense Brieva, con escalas en Lledoners, Joves-Quatre Camins y Wad Ras, también en Barcelona, el periplo por las bibliotecas de los centros penitenciarios permite reconocer un perfil similar de lectores. Desde el nutrido colectivo de quienes nunca habían logrado acabar un libro hasta su forzoso paréntesis vital, a los lectores impenitentes que llegan con el virus de las letras bien inoculado, pasando por quienes leen porque así lo requieren los estudios iniciados en prisión. Todos coinciden en que, para digerir mejor las horas de encierro, es preciso llenarlas de actividades. Hay que mantener a raya los pensamientos más tormentosos, intentar no obsesionarse con el encierro pendiente, con el delito cometido, con el recuerdo de la familia, con los nubarrones en el porvenir.

Y junto a los talleres (cerámica, cantería, pintura, radio...) y destinos diversos (cocina, economato, peluquería, lavandería...), la lectura cumple una función esencial en el reto de lograr una condena lo más llevadera posible. “Si me quedara quieta, me volvería loca. Tengo todo el día ocupado, pero las horas que estamos encerradas en la celda también hay que pasarlas. Entonces leo mucho, especialmente poesía, algo que me inculcó mi padre. En la calle me encanta leer en un jardín o en el parque”, cuenta Sissi (así pide ser identificada), 55 años, ocho meses en la cárcel de mujeres Brieva, a quien el fiscal pide tres de reclusión por tráfico de drogas. “Es cierto, el paquete estaba en un doble fondo de mi maleta. También es cierto que yo no lo sabía”, se defiende resignada, consciente de que muchos reclusos alegan ser inocentes. Optimista y vital, en la cárcel ha tenido ocasión de conocer a diferentes escritores, invitados a departir con los internos mediante un ambicioso programa de animación a la lectura subvencionado por la Obra Social Caja de Ávila. “Me encantó Rosa Montero, y también su libro Instrucciones para salvar el mundo”.

Son pocos los internos que tienen libros propios. Muchos evitan añadir una carga a los suyos solicitándoles un título determinado; algunos ni siquiera tienen quien les visite porque rompieron con su familia, le han ocultado su situación carcelaria (estar trabajando en otro país es una excusa recurrente) o se encuentran físicamente lejos. Así que la biblioteca del centro es para muchos reclusos la fuente única donde suministrar argumentos a la afición lectora. “Me inicié gracias a una compañera mayor que tuve en otra cárcel. Perteneecía al clan de los

Charlines y leía muchísimo. Me animó a leer Crepúsculo y ya no pude parar”, cuenta Laura, 25 años, condena “por paquete” y una hija en Colombia cuyo recuerdo le acompaña siempre como una amarga desazón. De la autoestima al egoísmo, El caballero de la armadura oxidada, Un mensajero en la noche y El amante son sólo algunos de los muchos libros que ha leído en sus dos años y medio de reclusión. Cuando llegó a Brieva, procedente de otro centro, traía a los funcionarios de cabeza: “La biblioteca está cerrada los fines de semana, pero si se me acababa el libro entonces, me tenían que abrir para poder coger otro”, recuerda.

Rafael, interno en la Modelo, también tiene una hija fuera, y solía leerle cuentos con la esperanza de transmitirle el gusto por las letras. “Desde joven tuve problemas con las drogas. Aquí leo mucha autoayuda, confío en encontrar ideas para ponerlas en práctica. Antes leía, pero no aplicaba nada. Libros como El monje que vendió su Ferrari me han enseñado que debes ser tu mismo quien ponga la primera piedra para ir edificando, porque la solución está en ti. Y da igual que estemos en un espacio cerrado: el que quiere cambiar, lo hace”, reflexiona.

Las listas de superéxitos tienen en prisión una personalidad caprichosa. Las razones presupuestarias y logísticas acentúan esta singularidad. “Aquí llevamos un retraso de unos dos años con respecto al exterior”, resume Luis, bibliotecario de Wad Ras. Y explica el lapso por la escasa o nula dotación económica para la adquisición de libros. Sin dinero para compras, se nutren de donaciones, muy esporádicas. Algunos bibliotecarios, con encomiable entrega, se las ingenian para cubrir lagunas. Como Ana María, bibliotecaria del centro penitenciario Lledoners, que trata de satisfacer las peticiones de los usuarios buscándoles libros en préstamo en otras bibliotecas.

En cualquier caso, en la cárcel funcionan también el boca-oreja y la moda, así que un título determinado puede generar largas listas de espera, informatizadas en los centros más nuevos y bien dotados, como Lledoners, o voluntariosamente anotadas a mano por algún interno en funciones de auxiliar de biblioteca, como en la envejecida Modelo.

A Carmen Sevilla, la responsable de la biblioteca de la prisión de Alhaurín de la Torre, el catálogo “me lo hizo un interno que era alumno de informática, con un programa creado especialmente por él”. Con 18.000 volúmenes recopilados, la biblioteca central de esta prisión malagueña es sólo un espacio de préstamo, pero no de lectura. Su estructura se repite en muchos centros: una biblioteca central, y otras repartidas por los distintos módulos. En algunas cárceles, previa solicitud, los internos pueden desplazarse para consultar los libros en ese espacio principal. En otras, tienen que conformarse con confiar sus peticiones a un auxiliar,

habitualmente un interno. “La biblioteca es el mejor lugar donde se puede estar dentro de la cárcel”, coinciden los cuatro ayudantes de Carmen Sevilla en Alhaurín, el centro donde internos como Vicente Sánchez, economista de 62 años, tratan de burlar la monotonía parapetados tras la página impresa de algún buen título.

El tamaño, la antigüedad, la densidad y la dotación del centro, así como el talante y la personalidad del bibliotecario, mediatizan la relación con los reclusos. En Wad Ras, tan pequeño que resulta casi familiar, el responsable de la biblioteca, y también el director de la cárcel, llaman por su nombre a cada una de las internas, conocen su historia personal, les preguntan por sus hijos, por su familia, conocen sus gustos lectores. En A Lama, Esperanza trata de usted a todos los reclusos, y en Brieva las internas se benefician de la devoción por la literatura que transmite Gloria, pedagoga del centro y responsable del programa de animación a la lectura (tarea que comparte con Antonio, gestor de formación). En la masificada Modelo, a la bibliotecaria se le agota el tiempo en gestiones de oficina y almacén. En Lledoners y Joves, las bibliotecas respiran el entusiasmo contagioso de sus responsables, que no se cansan de organizar talleres literarios, clubes de lectura y proponer recomendaciones a unos usuarios que han aprendido a confiar en su criterio.

“En la calle me gustaba más jugar a fútbol que leer, nunca había acabado un libro. Yo me empecé a aficionar porque vi a algunos compañeros muy enganchados a la lectura, y como mi destino, en el economato, me deja mucho tiempo libre, le pedí a Adriana, la bibliotecaria, que me recomendara algún título. Empecé con El niño con el pijama de rayas y lo acabé en una semana. Me atrapó y dije: “quiero más”. Siempre le pido que me pase libros con la letra grande y que no sean muy largos. Tengo la suerte de que en el economato hay mucho silencio, nadie grita. En la celda no puedo leer apenas porque mi compañero tiene siempre la televisión encendida”. Sergio (nombre supuesto, como el de muchos de los entrevistados), es un boliviano de 22 años interno en el Centre Penitenciari de Joves. Lleva tres años en la cárcel, justo desde su llegada a España (fue directo del aeropuerto a prisión por complicaciones con su equipaje) y ve en los libros una forma de “lograr que el tiempo pase más rápido” mientras se procura una cultura que nunca antes le había interesado. “Lo comparo con construir una casa. Ahora estoy poniendo los cimientos. Cuando sean sólidos, ya leeré algún libro más gordo”. Romeo (que tampoco se llama Romeo), condenado a seis años por “pelea multitudinaria” llegó a la cárcel con la afición a la lectura ya prendida, pero aquí se le ha acentuado. “Me ayuda a olvidarme de los problemas”, cuenta.

La luminosidad de la biblioteca de Joves, donde Sergio y Romeo se aprovisionan de libros, contrasta con el aire lúgubre de la de la Modelo. Está en un sótano, allí donde se encontraban los antiguos calabozos. En sus funciones actuales, estas dependencias cuentan con una nave central que ramifica en diferentes salas de reducido tamaño, todas con el mismo mobiliario austero. En una de ellas, los fieles musulmanes montan y desmontan su particular mezquita con sólo descalzarse, orientarse hacia la Meca y reclinarsse para decir sus oraciones. Lo cuenta Elías, portugués, quien asegura que siempre trata de evitar estas manifestaciones de religiosidad para poder concentrarse en la lectura de las noticias del periódico. La literatura la reserva para la celda, donde encuentra el recogimiento que la biblioteca le escatima: “Aquí suele haber mucho ruido”. En su cuarto no se limita a leer: también escribe a menudo, una afición compartida con muchos otros reclusos. Como José Luis Pérez, 33 años, lector desde siempre, que aprovecha su internamiento en A Lama para escribir una novela, Fuera de juego, “que es como nos sentimos muchos aquí”. Acusado de narcotráfico y tenencia ilícita de armas, le gustaría que la literatura le proporcionara “otra manera de ganarse la vida”. La misma que, paradójicamente, la cárcel ha puesto en suspense para Pedro Altamirano. Escritor, editor, artista y empresario, entre los muros de la cárcel de Alhaurín no encuentra el sosiego necesario para concluir la novela y la obra de teatro que tenía entre manos. “No logro la concentración precisa”, admite. Tampoco puede leer todo lo que le gustaría: “el tiempo que estás leyendo te evades. Pero no soy capaz de leer algunas cosas, porque me derrumbo”, cuenta, y explica que en prisión su vena artística y su evidente sensibilidad se han concentrado principalmente en la pintura.

Un buen lugar para encontrar presos enganchados a los libros es el geriátrico de la Modelo, una especie de oasis de sillas al sol, salita con televisor y celdas bien ordenadas reservado a los internos de mayor edad y a quienes, por diversas razones, no pueden estar con los reos comunes. Como Michael, que en ocho meses leyó 140 libros y agotó todos los títulos en inglés de la biblioteca. O como Vicenç, 57 años, empresario atrapado en una madeja de números difíciles de cuadrar, que se protege en el geriátrico de las amenazas de sus antiguos compañeros de celda, molestos por sus incontrolables ronquidos. “Aquí he estudiado la ESO y he hecho diversos cursos. En las horas libres he leído un centenar de libros. Es una muy buena manera de pasar el rato”, sentencia, y describe su predilección por la historia, en especial sobre la I y II Guerra Mundial. Los sábados por la tarde participa en una actividad llamada El racó de la pau, que consiste en la lectura compartida de la Biblia.

El libro de cabecera de Sinaida, interna en Wad Ras, es también un texto sagrado, en su caso el Corán. “Lo he leído dos veces y ahora lo he vuelto a empezar. Pero aquí es difícil porque

antes de leerlo te tienes que lavar las manos, los codos, no puedes tener la regla y, sobre todo, no te lo puede tocar nadie”, cuenta esta joven hija de chilena y libanes en tratamiento con metadona que se entusiasmó con las peripecias de No sin mi hija y asegura preferir las historias verídicas “porque para aventuras ya me bastan las mías. Ahora he pedido que me consigan la biografía de Lady Di”. Inés, encausada por robo con violencia, quiere que sus lecturas le sirvan “para conocerme a mí misma y salir reinsertada”, y lo intenta con manuales de psicología y pedagogía.

Todos coinciden en que adaptarse a la cárcel es doloroso y arduo. “Todo lo que conocía se quedó atrás”, ilustra el brasileño Weverton, que en una semana en el módulo de aislamiento leyó cinco libros, una proeza para quien nunca antes había pasado de las primeras páginas. Rosalinda cuenta que su llegada a la cárcel fue menos traumática gracias a la literatura: en ella encontró la acogida y la compañía que tanto necesitaba para asumir la nueva situación. La vieja imagen del libro como mejor amigo difumina su halo de tópico cuando los reclusos desgranán su relación con la literatura. Como Ramón, cultísimo visitante regular de las cárceles (lleva 30 años entrando y saliendo de ellas por culpa de las drogas) que más de una vez ha conseguido mantener la calma en el módulo de aislamiento gracias a un buen título. O como Robert, que ha diseñado un minucioso plan para procurarse una sólida formación (entró en la cárcel con 18 años para cumplir una condena de 17) que incluye lecturas de manuales de informática, de mecánica, de filosofía y clásicos de la literatura que considera imprescindibles: “Antes hacía deporte, ahora lo he dejado. Prefiero aprovechar este cementerio para aprender algo. No quiero que el tiempo que pase en la cárcel sea un tiempo perdido. Mi libro preferido es Frankenstein de Mary Shelley, no porque la historia sea muy buena sino por su trasfondo moral. Te enseña que debes aceptar las consecuencias de los actos que cometes”.

La prisión les ha privado de libertad física; los libros les permiten viajar mentalmente, volar más allá del recinto fortificado donde se encuentran para saltar, aunque sea por un rato, a otros mundos libres de rejas. Saltar el muro, sin miedo a herirse con los espinos de las alambradas.